

# Una Eclesiología para la Pastoral Juvenil

Enrique Cambón, Pbro.  
Avellaneda, Bs. As., Argentina

"Los jóvenes deben sentir que son Iglesia experimentándola como lugar de comunión y participación" (Puebla, n. 1184).

## I. ¿Por qué la Iglesia?

¿Cuál es la importancia y el sentido de la Iglesia para los cristianos? (Ver Puebla 920-922).

En realidad lo último, lo definitivo, lo absolutamente importante, es Dios. Y a Dios se puede llegar con la sola inteligencia humana a través de las "huellas" que de El se encuentran en la creación (Sab 13, 1-9; Rom 1, 19 ss; Concilio Vaticano I). Pero al mismo tiempo es cierto que se trata de un "Dios escondido" (Is 45, 15), a quien "nadie ha visto jamás" (Jn 1,18; I Jn 4,12), ya que "habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre vió ni puede ver" (I Tim 6,16), y sólo después de la muerte "le veremos tal cual es" (I Jn 3,2; I Cor 13,12).

De allí la importancia de Cristo, que es el "rostro" humano, cercano, visible de Dios. Sin Cristo necesitaríamos mucho tiempo y fatiga para llegar a Dios, y lo conoceríamos en forma incompleta. Jesús que es la "Palabra" (Jn 1, 1-4; 1,14) del Padre, la "exégesis" (explicación) más acabada de Dios, nos reveló plenamente (por cuanto podemos alcanzar en esta vida) quién es Dios. Cristo, "el Hijo único, que está en el seno del Padre, nos lo vino a revelar" (Jn 1,18), "El es la imagen visible del Dios invisible" (Col 1,15), es la "imagen de su esencia" (Heb 1,3), es la "imagen de Dios" (II Cor 4,4), "porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Col 2,9). Jesús y el Padre son "una sola cosa" (Jn 10,30), es por eso por lo que podemos distinguir "la gloria de Dios reflejada en el rostro del Mesías" (II Cor 4,6), y que Jesús pudo decir "quien me ve a mí ve al Padre" (Jn 14,9).

Ahora bien, Jesús, según las últimas investigaciones de los estudiosos, vivió unos 36 años. Pero su obra era para siempre. Por eso eligió una comunidad de personas que transmitieran su palabra y su acción a través de los tiempos. Esta es la Iglesia. Que no es otra cosa que *Jesús continuado en el tiempo*, "Jesucristo extendido y comunicado" (Bossuet), "Jesucristo vuelto comunión" (D. Bonhoeffer).

Por la Iglesia nos llega Cristo, y por Cristo nos llega Dios. Jesús nos hace superar el abismo de la lejanía, el ocultamiento y el silencio de Dios. Y la Iglesia, esa comunidad que hace presente, actual y vivo a Cristo, elimina el "horrible abismo de la historia" (M. Benzo) que nos

separa de él. La Iglesia es el "sacramento" de Cristo, Cristo es el "sacramento" de Dios.

Es por eso por lo que Puebla, indicando "presentar a los jóvenes el Cristo vivo" (1166), al mismo tiempo afirma que "la Iglesia es inseparable de Cristo" (222), y que "aceptar a Cristo exige aceptar su Iglesia" (223), porque fué el mismo Jesús quien "señala a su Iglesia como camino normativo" (id.).

El joven, que "debe experimentar a Cristo como amigo personal que no falla nunca, camino de total realización (1183), debe asimismo encontrarse con la Iglesia, "ser" Iglesia, porque "ella prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y acción evangelizadora de Cristo" (224).

Es que "resucitado, Jesús no 'se va' sino se hace presente en manera nueva y más plena. No 'se ausenta' sino adquiere una cercanía más profunda y completamente distinta del tipo de presencia limitada y exterior que, como hombre, tenía en su vida terrena" (G. Rossé).

Algunos de los "lugares" privilegiados en que se manifiesta esa presencia misteriosa pero real de Cristo en su Iglesia, los enumera el mismo Pueblo: "Jesucristo, exaltado, no se ha apartado de nosotros; vive en medio de su Iglesia, principalmente en la Sagrada Eucaristía y en la proclamación de su Palabra; está presente entre los que se reúnen en su Nombre (cfr. Mt 18,20) y en la persona de sus pastores enviados (cfr. Mt 10,40; 28-19 ss.) y ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (cfr. Mt 25,40)" (196).

## II. Eclesiología en Puebla

"La Iglesia, misterio de comunión, pueblo de Dios al servicio de los hombres, continúa a través de los tiempos siendo evangelizada y llevando a todos la Buena Nueva" (167; cfr. 1302-1304).

De esta forma Puebla sintetiza las tres características fundamentales de la Iglesia acentuadas a partir del Concilio Vaticano II. La Iglesia es por lo tanto una realidad de *comunión*, de *testimonio* y de *servicio*.

### a) *Koinonía* (Comunión)

Es un punto central del Documento presentar "el misterio de la Iglesia como comunidad fraterna de caridad teologal" (567). La Iglesia es para Puebla el "sacramento de comunión de los hombres" (220), siguiendo en esto al Vaticano II que la había definido precisamente "como un sacramento, o sea signo e instrumento, de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1).

De esta forma Puebla se propone "completar el proceso de tránsito acentuado en Medellín, de un estilo individualista de vivir la fe a la gran conciencia comunitaria a que los abrió el Concilio" (235).

Y no se trata de una comunión "teórica" o "hablada", sino mani-

festada en los *hechos*: “la comunión interior debe expresarse visiblemente. La capacidad de compartir, será signo de la profundidad de la comunión interior y de su credibilidad hacia afuera (cfr. Jn 17,21)” (243).

Pero hay que agregar algo muy importante: ya el Vaticano II había mostrado a “la Iglesia como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4; cfr. UR 2). Precisamente una característica de Puebla ha sido mostrar clara y reiteradamente que allí está el fundamento, la raíz, el modelo de la comunión entre los cristianos: “llegamos a descubrir las raíces últimas de nuestra comunión y participación. Cristo nos revela que la vida divina es comunión trinitaria. Padre, Hijo y Espíritu viven, en perfecta intercomunión de amor, el misterio supremo de la unidad. De allí procede todo amor y toda comunión” (212).

Y la vida de la Trinidad es el “estilo” de comunión que debe existir no sólo entre los cristianos, sino en toda la vida social: “La comunión que ha de construirse entre los hombres abarca el ser, desde las raíces de su amor y ha de manifestarse en toda la vida, aún en su dimensión económica, social y política. Producida por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es la comunicación de su propia comunión trinitaria” (215).

“La Evangelización es un llamado a la participación en la comunión trinitaria” (218). De hecho, Jesucristo vino para llevar la historia y a todos los hombres “a la plenitud de comunión y participación que constituyen la vida misma de Dios” (197). Aún si será siempre cierto que “la vida trinitaria que nos participa Cristo llegará a su plenitud solo en la gloria” (209), eso no quita al mismo tiempo que la Iglesia sea “el lugar donde se concentra al máximo la acción del Padre, que en la fuerza del Espíritu de Amor, busca solícito a los hombres, para compartir con ellos —en gesto de indecible ternura— su propia vida trinitaria” (227).

Precisamente “en esto consiste el ‘misterio’ de la Iglesia: es una realidad humana, formada por hombres limitados y pobres, pero penetrada por la insondable presencia y fuerza del Dios Trino que en ella resplandece, convoca y salva” (230).

Esto hace que esa verdad central de nuestra fe que es la unidad y trinidad de Dios, no sea un misterio lejano que tratamos de explicar con inadecuadas analogías humanas, sino una realidad que tiene inimaginables resonancias para nuestra vida.

“Dios —dice el teólogo y ahora Obispo K. Hemmerle— nos hizo conocer en Jesús que El es amor, poniendo ese conocimiento como corazón y síntesis de su revelación. La enunciación ‘Dios es amor’ no es uno cualquiera de los dogmas revelados, sino debe ser comprendida como la más radical y la más total enunciación de la Revelación respecto a la divinidad (cfr. I Jn 4, 8.16)”.

Precisamente porque “Dios es amor” es por lo que ha sido dicho con razón que el misterio de Dios no es un misterio de soledad sino de comunidad. El amor con que deben amarse los cristianos es el mismo “amor de Dios derramado en nuestros corazones” (Rom 5,5). “Como el Padre me amó, así yo los amé a Uds.; permanezcan en mi amor” (Jn 15,9), es decir que el amor entre nosotros debe ser del mismo “tipo” del que existe entre las Personas de la Trinidad.

Debemos preguntarnos si el amor que existe entre nosotros tiene "el estilo divino", es decir, si nuestro amor tiene las mismas características del amor de Dios. Y no sólo entre nosotros cristianos, sino hacia todos los hombres: "¿Una fe verdaderamente trinitaria puede compaginarse con un pasar tranquilo por el mundo sin luchar porque en él todos sean y vivan como verdaderos hijos de un mismo Padre?" (V. Zea).

Es en esta comunión trinitaria que se encuentra también el fundamento de otras características de la Iglesia que señala Puebla: "Familia de Dios" (238-249), "Pueblo universal" (237), "Pueblo santo" (250-253).

Y es esa comunión la que manifiesta la actualidad y presencia de Cristo en la comunidad: "En la unión entre nosotros se hace presente el Señor Jesús resucitado" (564). Cuanto más divino sea nuestro amor, más *permanente* y *eficaz* será esa presencia de Cristo en la Iglesia: "necesitamos ser una comunidad que viva la comunión de la Trinidad y sea signo y presencia de Cristo muerto y resucitado" (1301).

#### b) *Martiria* (Testimonio)

La Iglesia "continúa a través de los tiempos siendo evangelizada y llevando a todos la Buena Nueva" (167). Es lógico que la Iglesia sea evangelizada para poder a su vez transmitir a los demás el Evangelio. Nadie da lo que no tiene. El mensaje de Jesús no es simplemente una doctrina sino una vida. No se dirige sólo a la inteligencia del hombre ni sólo a su sensibilidad, sino a todo el hombre. Existe "un vínculo misterioso entre la verdad y el amor" (G. Marcel). Nuestras palabras son creíbles y convierten si hablamos lo que vivimos. "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio" (*Evangelii Nuntiandi* 41; cfr. 21, 76, etc.). Por eso Puebla afirma que es "el testimonio elemento primero de la evangelización (...) 'signo' que conduzca al deseo de conocer la Buena Nueva y atestigüe la presencia del Señor entre nosotros" (971). "Sin el testimonio de una Iglesia convertida serían vanas nuestras palabras de pastores" (1221).

"La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su condición de sacramento, trata de ser más y más un signo transparente o modelo vivo de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de la Encarnación nos enseña que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen. América Latina también necesita tales modelos" (272).

Por eso a los jóvenes Puebla pide que "evangelizados, evangelicen" (1166).

Y lo mismo repite a toda la Iglesia: "vivamos en una continua auto-crítica, a la luz del Evangelio, a nivel personal, grupal y comunitario para despojarnos de toda actitud que no sea evangélica y que desfigure el rostro de Cristo. Esta es nuestra primera opción pastoral: la misma comunidad cristiana, sus laicos, sus pastores, sus ministros y sus religiosos deben *convertirse cada vez más al Evangelio para poder evangelizar a los demás*" (972-973).

"Florecen grupos cristianos eclesiales de laicos, hombres y mujeres,

que reflexionan a la luz del Evangelio sobre la realidad que los rodea y buscan formas originales de expresar su fe en la Palabra de Dios y de ponerla en práctica" (99).

"La Iglesia (...) invita a todos a transformar su mente y sus corazones, según la escala de valores del Evangelio" (148; cfr. 394).

"Para los mismos cristianos la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola encarnada en otros" (274).

"Evangelizar, no es sólo leer la Biblia, sino desde ella, darse una palabra de admiración, de consuelo, de corrección, de luz, de seguridad" (585). Los cristianos deben ser personas enamoradas de la Palabra de Dios, que la han experimentado en sus vidas y hablan no sólo de lo que "saben", sino de lo que han "visto", "oído", "tocado"...

Dos términos que Puebla repite para designar la Palabra de Dios, son los de "verdad" y "vida" uno de los signos que muestran la autenticidad de la Evangelización (dice en 380) es "la preocupación porque la Palabra de verdad llegue al corazón de los hombres y *se vuelva vida*". "La Iglesia se convierte cada día a la Palabra de verdad" (394), y así anuncia "la Palabra de vida" (357). Es que la verdad de la Palabra de Dios se comprueba viviéndola. Sólo así, siendo "evangelios vivientes", los jóvenes podrán probar lo que augura Puebla: "El joven debe experimentar a Cristo como amigo personal que no falla nunca, camino de total realización" (1183). "Si hemos comprobado que lo que dice Jesús es todo verdadero, no resulta difícil dejar a cualquier otro maestro y seguirlo a él. Nos encontramos en un tiempo en el que se pretende hacer la prueba de muchas cosas. El Evangelio está allí, al alcance de la mano, para que se lo pueda probar. (...) ¿Cómo no amar a un hombre como éste? Si hay alguien que no lo considera Dios, (porque el mundo en su progreso también ha retrocedido mucho), que haga la experiencia del Evangelio sin prejuicios, como un niño, y entonces volverá a descubrir que este hombre no puede ser otro que Dios" (Ch. Lubich).

"América Latina (...) necesita educar hombres capaces de forjar la historia según la 'praxis' de Jesús" (279).

¿Hemos comprobado con nuestra vida que lo que dice Jesús es todo verdadero? ¿Hemos experimentado la verdad, la potencia, la belleza, la plenitud, de las enseñanzas de Jesús? ¿Estamos experimentalmente convencidos de que en la Palabra de Dios están contenidas en germen las respuestas y soluciones a todos los interrogantes y problemas humanos, ya personales ya sociales? Si es así, entonces somos verdaderos discípulos de Jesús, seguidores suyos capaces —con la ayuda de Dios— de evangelizar y transformar el mundo.

Después de todo es el "método" no sólo enseñado sino usado por Jesús mismo, quien "hizo y enseñó" (Hch 1,1), o como dice Puebla, "a las palabras Jesús unió los hechos" (191).

Y así también María, a quien Puebla puede presentar no sólo como Madre sino también como "el modelo perfecto del cristiano, la imagen ideal de la Iglesia" (285), precisamente porque toda "impregnada" de la Palabra de Dios: la "realización más alta" del Evangelio (282) "Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la fe (LG 63). Cui-

da de que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina" (290). La Iglesia "que con nueva luz y decisión quiere Evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el Evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina" (303).

c) *Diakonia* (Servicio)

Aquí habría que poner de relieve dos temas fundamentales:

1) *La cruz*: Es notable que precisamente cuando Puebla propone a la Iglesia como "escuela de forjadores de historia" (274 ss.), exprese conceptos como éstos: Jesús "sabe bien lo que hoy tanto se calla en América Latina: que se debe liberar el dolor por el dolor, esto es, asumiendo la Cruz y convirtiéndola en fuente de vida pascual" (278). En América Latina se necesitan hombres "especialmente capaces de asumir su propio dolor y el de nuestros pueblos y convertirlos, con espíritu pascual, en exigencia de conversión personal, en fuente de solidaridad con todos los que comparten este sufrimiento y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadora" (279).

Sin embargo no es para nada extraño este acercamiento entre el compromiso concreto en la historia y la mística de la cruz. Por un lado porque si "el mejor servicio al hermano es la evangelización" (1145), y "el servicio más grande que presta la Iglesia es la evangelización" (270), sólo serán capaces de evangelizar realmente cristianos "expertos" en la cruz. Los Pastores que redactaron Puebla, experimentados en la evangelización, ponen entre las características típicas del evangelizador, "la firmeza y la paciencia en las tribulaciones y persecuciones" (383). Ya Jesús había anunciado que quien lo siga como discípulo será perseguido como El. Y trabajar para y entre los hombres trae siempre aparejado conflictos, diversidades, muy probablemente envidias, rencillas, rencores, divisiones, y tantas otras dificultades que provienen de las diferencias naturales que existen entre nosotros y de la capacidad de pecado que anida en el corazón humano. Por eso no basta para el cristiano la conversión y el entusiasmo: las virtudes más importantes son la constancia, la paciencia histórica, la perseverancia. Y esto no se da sin haber comprendido la cruz. El cristiano que habrá elegido amar como Cristo, es decir hasta la medida de la cruz, no se desanimará cuando lleguen los tropiezos. Al contrario, allí donde haya una "rajadura", una dificultad, se sentirá atraído y será —crucificado— constructor de unidad y de todos los "frutos del Espíritu".

Por otro lado, lo mismo vale para el cristiano que se pone al servicio de los hombres a nivel político, social, económico, como constructor de la justicia y la paz en el mundo. Todos sabemos que no es tarea fácil. "Para pasar de una situación menos humana a una situación más humana, tanto en la vida nacional como internacional, el camino es largo y se avanza en él por etapas. El hombre de paz lo sabe y lo dice" (Juan Pablo II, "La verdad fuerza de la paz", 1.1.1980, n. 8). Sobre todo los jóvenes

suelen sentir la exigencia de "hacer cosas concretas", pero en general con una carga muy grande de romanticismo, ingenuidad e inexperiencia. Es difícil trabajar por los demás y recibir incomprendiones, ingratitud, calumnias, que pretendan instrumentalizarnos, o en ciertos momentos sentir el cansancio, la soledad, la desorientación, el desaliento, el peso de la propia debilidad y la de los demás...

No debemos engañarnos, debemos saber que por momentos se necesitará incluso heroísmo para construir una humanidad según el "estilo" de Jesús, porque "la realización histórica de este servicio evangelizador resultará siempre ardua y dramática, porque el pecado, fuerza de ruptura, obstaculizará permanentemente el crecimiento en el amor y la comunión, tanto desde el corazón de los hombres, como desde las diversas estructuras por ellos creadas, en las cuales el pecado de sus autores ha impreso su huella destructora. En este sentido, la situación de miseria, marginación, injusticia y corrupción que hiere a nuestro continente, exige del Pueblo de Dios y de cada cristiano un auténtico heroísmo en su compromiso evangelizador, a fin de poder superar semejantes obstáculos" (281; cfr. 302, 266).

Es cierto que los cristianos estamos llamados, junto a todos los hombres de buena voluntad, a construir un mundo siempre más de acuerdo con el querer y el amor de Dios. Pero para eso debemos ser "atletas" en la experiencia del Evangelio y especialmente de la cruz, con una gran capacidad de transformar siempre el dolor en amor, de recomenzar siempre, de inventar con sabiduría nuevas iniciativas y soluciones. Sólo cristianos capaces de "estar en la cruz" son capaces de generar permanentemente una vida nueva, y de sentir "la alegría de saberse ministros del Evangelio" (383). Sobre todo los jóvenes, dice Puebla, deben demostrar con sus vidas que es posible "la alegría de la entrega a Cristo, no obstante las variadas y duras exigencias de su cruz" (1177).

2) *Opción por los pobres*: servir y evangelizar significa ante todo no excluir a nadie, como el Señor que "no hace distinción de personas". El cristiano trata siempre de poseer un "amor que abraza a todos los hombres", un "amor que congrega e integra a todos en una fraternidad capaz de abrir la ruta de una nueva historia" (192). "Quien en su evangelización excluya a un solo hombre de su amor, no posee el Espíritu de Cristo" (205). Repetidamente Puebla se preocupa de aclarar esto. Pero con la misma insistencia, hace una opción preferencial, clara, valiente, por los pobres. Ellos son "los predilectos de Dios" (1143), evangelizar a los pobres fue para Jesús uno de sus signos mesiánicos y debe ser también para la Iglesia signo de autenticidad evangélica (1130, 1141 ss). "Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros" (1145). Jesús ha querido, después de su partida, "identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (cfr. Mt 25,40)" (196).

En América Latina "la situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" (31).

Y la consecuencia lógica: “no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados” (327).

De esto hoy se habla cada vez más en la Iglesia (cfr. *Evangelii Nuntiandi* 31; III parte del Disc. inaugural de Puebla, de Juan Pablo II). El peligro es que la cosa “se sepa”, pero sigamos sin realizarla concretamente. Debemos ayudarnos en esto, hacer un examen de conciencia, incluirlo en nuestros proyectos, en nuestra espiritualidad, en nuestra teología, en nuestras perspectivas de vida, en nuestra acción.

Juan Pablo II, peregrino de la dignidad humana por los caminos del mundo, decía recientemente: “Cuánto dolor en el mundo, cuando se olvida que el hombre es nuestro hermano! Pues bien, la Iglesia, al contemplar el misterio del Hijo de Dios hecho hombre —y expuesto también El al sufrimiento y al hambre, a la pobreza y al exilio por la injusticia de los hombres— la Iglesia no puede eximirse de interponerse, de comprometerse, de implicarse a sí misma para ayudar a los hombres, para evitar el sufrimiento de los hombres. *Donde quiera sufre un hombre, allí está Cristo que ocupa su lugar* (cfr. Mt 25, 31-46). *Donde quiera sufre un hombre, allí debe estar la Iglesia a su lado*” (Discurso a los Cardenales, *L'Osservatore Romano*, ed. esp., 30.12.1979, p. 8).

### III. Pastoral Juvenil

¿Qué significan esos elementos fundamentales de la Iglesia que señala Puebla, para la Pastoral juvenil? En otras palabras, ¿qué características debe tener hoy la evangelización de la juventud desde una Iglesia como la concibe Puebla?

Siempre la praxis incluye o depende de principios ideológicos, consciente e inconscientemente. Así también la pastoral, la tarea concreta de la evangelización, depende siempre de principios espirituales y teológicos que la orientan. Por lo tanto esos tres principios o realidades claves de la Iglesia, volcados en actividades prácticas, se podrían traducir:

- a) Comunión = *Pastoral orgánica*
- b) Testimonio = *Formación*
- c) Servicio = *Acción*

#### a) *Pastoral Orgánica*

“Los hombres no son islas”. Los movimientos eclesiales juveniles tampoco. Si como dice Puebla, “comunión” es la característica fundamental de la Iglesia, entonces movimientos o grupos aislados, fragmentados, desinteresados o incluso rivales entre sí, es el contrasentido más grande que se pueda dar. Es inconcebible. Sería diabólico: el espíritu del mal divide, el Espíritu de Dios reina y actúa en la unidad.

El primer objetivo de todo grupo eclesial debe ser asegurar y tratar



de hacer crecer la comunión, al interno del movimiento o institución, y con la Iglesia. Es uno de los signos claros de autenticidad cristiana: la primera de las actitudes que "nos revelan la autenticidad de la Evangelización: una vida de profunda comunión eclesial (cfr. Gál 2,2)" (378). Además es garantía de crecimiento: las obras de Dios si viven para sí mismas, en forma egoísta y soberbia, mueren, si viven para la Iglesia, crecen y renuevan siempre su vitalidad.

Es Dios que convierte y "quien hace crecer" (I Cor 3,6). Por eso buscar la comunión cada vez más plena con los demás grupos o instituciones eclesiales no es simplemente una táctica estratégica para aumentar la eficacia (aún si incluso desde un punto de vista humano, la coordinación, el orden y la unidad de esfuerzos y objetivos sería ya lo más inteligente que se podría hacer). El motivo verdadero, que nos lleva a buscar la comunión, es de otro orden de eficacia: porque es el único camino para que Dios se manifieste y los hombres lo encuentren: "ámense unos a otros como yo los amé, y de esto todos reconocerán que Uds. son mis discípulos" (Jn 13, 34-35); "Padre, que todos sean uno como tu estás en mí y yo en ti, . . . para que el mundo crea" (Jn 17,21); "que sean consumados en la unidad para que el mundo conozca que tú me enviaste" (Jn 17,23).

Por eso, si hemos comprendido el cristianismo tendríamos que estar "sedientos" de encontrarnos: para escuchar el pensamiento de los Obispos (canal privilegiado para descubrir la Voluntad del Señor), para conocer las demás realidades de nuestra Iglesia, valorar, gustar y promover los carismas de los demás (cfr. LG 12b), para pensar metas comunes y coordinar nuestras actividades. . . Todo aquello que contribuyera a hacer crecer la comunión, debería hacer arder nuestros corazones de entusiasmo si somos verdaderos seguidores y discípulos de Cristo.

Pero decíamos que la comunión en la Iglesia tiene como fundamento y modelo a la Trinidad. ¿Qué significa esto para nuestra actividad, para nuestra pastoral? Muchas cosas.

En primer lugar en la Trinidad no hay uniformidad. Hay contemporáneamente unidad y distinción. El Padre no es el Hijo ni el Espíritu. Así también nadie puede pedir "nivelación" entre los varios movimientos. Cada uno tiene una fisonomía propia, características peculiares, carismas dados por Dios "para utilidad de todos" (I Cor 12,7). Es cierto que cada grupo debería hacerse un examen de conciencia para tratar de discernir si es fiel al designio de Dios, a aquello que Dios le pide hoy. También podemos y debemos dialogar, enriquecernos mutuamente, ayudarnos a descubrir valores o a acentuar aspectos que teníamos descuidados: "el don que cada uno ha recibido, póngalo al servicio de los demás" (I Pd 4,10). Pero luego, debemos respetarnos en nuestras respectivas funciones y posibilidades, amarnos así como Dios nos hizo, saber respetar el momento de madurez y el ritmo de crecimiento de cada uno, coordinar y armonizar nuestras capacidades, posibilidades y carismas. La armonía perfecta que existe entre las distintas "misiones" de las Personas de la Trinidad, es a la cual debemos tender nosotros.

Puebla, que dice que la pastoral de conjunto debe ser animada por "un esfuerzo constante de comunión" (650), afirma al mismo tiempo que

una pastoral orgánica “comprende entre otras cosas: principios orientadores, objetivos, opciones, estrategias, iniciativas, prácticas, etc.” (1222).

La comunión espiritual, que comienza en nuestro corazón, en nuestra mentalidad, en nuestras actitudes, se manifiesta después concretamente en una unidad operativa, en una acción planeada lo mejor posible, con los mejores instrumentos de que dispongamos, inteligente y eficaz. ¿Por qué no habríamos de saber poner al servicio del Reino de Dios lo mejor de nuestras capacidades, que otros ponen al servicio del dinero, del placer o del poder? ¿Seguiremos mereciéndonos el reproche de Jesús de que “los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz”?

Hay personas que por vocación o por designio de Dios, ponen al servicio del Reino su oración, la contemplación, el sufrimiento, la pobreza, la ausencia de medios materiales. Y esto es benéfico porque nos hace siempre presente que es Dios quien lleva adelante las cosas y que debemos apuntar a los medios sobrenaturales para llevar adelante las obras de Dios. Pero una vez asegurado esto, si Dios nos llama a una vida activa, debemos poner a su servicio lo mejor de nosotros mismos, donde resplandezca la armonía, la belleza, la unidad y la sabiduría que vienen de Dios.

“La acción pastoral planificada es la respuesta específica, consciente e intencional, a las necesidades de la Evangelización. Deberá realizarse en un proceso de participación en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio; la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora” (1307).

“Orgánica” significa “a cuerpo”, por lo tanto, como los miembros y partes de un cuerpo, los grupos deben buscar profunda unidad, en el respeto de la diversidad de funciones y métodos, con objetivos y fines comunes.

Hay un aspecto típico de la relación trinitaria que Jesús expresa así: “todo lo tuyo es mío, y lo mío tuyo” (Jn 17,10). Esta debería ser una “voz de orden” entre los cristianos. Sin envidias, con humildad, alegrándose por el bien del otro como por el propio, interesándonos por cada movimiento de la Iglesia como por el nuestro. . . . Todo lo que toca a una parte de la Iglesia me toca *a mí*, porque somos de la misma “raza”, de la misma sangre, es un miembro *mío*. De lo contrario la realidad del Cuerpo místico se reduciría a una hermosa teoría en las bibliotecas teológicas.

Todo lo que podamos hacer para estar unidos al Papa y a nuestros Obispos es decisivo: hacerles sentir nuestro amor, nuestra fidelidad, dialogar con ellos con caridad fraterna, para luego escuchar y encarnar sus directivas. En Pedro y en los sucesores de los Apóstoles está el fundamento seguro de la unidad eclesial (cfr. cap. III de la LG).

Todo lo que podamos hacer, no para “copiar” la manera de actuar de movimientos de otras partes del mundo (debemos conocer *nuestra* realidad para actuar en consecuencia), sino para ser una sola cosa con ellos y edificarnos mutuamente, es enriquecedor. Por algo Puebla insiste en que la Iglesia es un “pueblo universal”, el cual —citando la LG— “fomenta y asume, y al asumir purifica, fortalece y eleva todas las capacidades, ri-

quezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno" (237). Y específicamente del joven dice que "cada vez se siente más 'ciudadano universal', instrumento en la construcción de la comunidad latinoamericana y universal" (1185). Nuestro corazón no puede empequeñecerse dentro de los límites de nuestro país ni siquiera de nuestro continente, sino vibrar en sintonía con la vida —llagas y alegrías— de toda la Iglesia y de la humanidad (cfr. LG 13; Gaudium et Spes 32). Ojalá llegáramos a dar, incluso desde nuestra pobreza, como también afirma Puebla, nuestra contribución a hermanos nuestros de otras latitudes (368).

Todo lo que hagan los dirigentes diocesanos para construir la comunión, buscar momentos y estructuras de encuentro, entre ellos y con quienes los Obispos pongan en un servicio de orden nacional o continental, es de importancia decisiva.

Todo aquello que quienes trabajan en la pastoral puedan hacer para conocerse, dialogar y servirse recíprocamente, a todos los niveles, para así servir mejor a los hombres, es bendecido por Dios.

Si esto vale para todos, tanto más para los jóvenes, que deben evangelizar "en una interrelación fecunda, en cuanto que los grupos deben ser fermento en el conjunto y deben propiciar una evangelización total" (1190).

Sintetizando: aún por inteligencia humana (para poner al servicio de Dios los instrumentos más aptos posible), pero sobre todo por exigencia evangélica (para permitirle a Dios actuar en medio de los hombres como sólo El sabe hacerlo), debemos apuntar como prioridad absoluta en nuestra evangelización a realizar una "comunión inteligente", basada en el verdadero amor entre nosotros y que produzca una pastoral orgánica.

En la Acción Católica se repetía frecuentemente: "o apóstoles, o apóstatas", en el sentido que si un cristiano no contagiaba su cristianismo, no era un verdadero seguidor de Jesús. Así también la "palabra de orden" de hoy debería ser: nada sin la comunión con la Iglesia, con nuestros Obispos, con las demás organizaciones juveniles, a través de los canales que la Iglesia hoy nos propone y que juntos podamos ir encontrando y creando. No somos cristianos de hoy, no tendremos la eficacia que Dios quiere de nosotros, si nuestras vidas no tienden a esta comunión como a lo esencial y primordial, *aquello de lo cual depende todo lo demás*.

#### b) *Formación*

Dado que la Iglesia debe dar testimonio de lo que cree, a través de su *vida* y de su *palabra* (cfr. *Evangelii Nuntiandi*, 21 y 22), la "formación" debería abarcar estos tres niveles:

1) *Experiencia profunda de las enseñanzas de Jesús, de la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras*. "Ojalá los cristianos de hoy puedan aprender o reaprender, siguiendo el ejemplo de los santos, a leer los evangelios, a hacer de ellos su 'libro de cabecera', a meditarlos frase por frase, a traducirlos, con valentía y coherencia, en la vida cotidiana" (Card. L. J. Suenens, "Redescubrir a Jesucristo", Carta Pastoral de Pentecostés 1972). Ojalá también pudiéramos compartir las

experiencias que vayamos haciendo, para ayudarnos recíprocamente a crecer en ese camino arduo y maravilloso. Por algo Puebla pide no sólo “convertirse cada vez más al Evangelio para poder evangelizar a los demás” (973), sino además impulsa a “la comunicación cristiana de bienes materiales y espirituales” (975).

2) *Teología o catequesis*: “Mi pensamiento se dirige a los jóvenes (...). Se les deberá asegurar una catequesis adecuada para que puedan crecer en la fe y vivirla progresivamente, a pesar de la falta de apoyo, acaso a pesar de la oposición que encuentren en su familia y en su ambiente” (*Catechesi tradendae*, 42). “Quiero recordar los grupos de jóvenes que en ciertas regiones, con denominaciones y fisonomías distintas —más con el mismo fin de dar a conocer a Jesucristo y de vivir el Evangelio—, se multiplican y florecen como en una primavera muy reconfortante para la Iglesia: grupos de acción católica, grupos caritativos, grupos de oración, grupos de reflexión cristiana, etc. Estos grupos suscitan grandes esperanzas para la Iglesia del mañana. Pero en el nombre de Jesús conjuro a los jóvenes que los componen a sus responsables y a los sacerdotes que les consagran lo mejor de su ministerio; no permitan por nada del mundo que en estos grupos, ocasiones privilegiadas de encuentro, ricos en tantos valores de amistad y solidaridad juveniles, de alegría y de entusiasmo, de reflexión sobre los hechos y las cosas, falte un verdadero estudio de la doctrina cristiana. En ese caso se expondrían —y el peligro, por desgracia, se ha verificado sobradamente— a decepcionar a sus miembros y a la Iglesia misma” (Id 47; cfr. 55, 56, 58, 60, 70).

La ciencia no basta, es cierto. Es necesaria la sabiduría que es un don del Espíritu Santo y proviene de la vivencia del Evangelio y del amor cristiano. Pero la ciencia es una ayuda, que “apuntala” la sabiduría, para que menos inadecuadamente sepamos, “cuando se nos pida”, y “con dulzura y respeto”, dar “razón de nuestra esperanza” (I Pd 3,15).

3) *Doctrina social de la Iglesia*: “La inserción en la Iglesia —dice a los jóvenes Puebla— y la tarea de compromiso efectivo en la edificación de la nueva civilización del amor y de la paz es muy exigente y requiere profunda formación” (1192). (¿Qué es la Doctrina Social de la Iglesia? cfr. 472 ss.). Juan Pablo II, en su Discurso inaugural a Puebla, refiriéndose a la doctrina o enseñanza social de la Iglesia, pide “estudiarla con seriedad, procurar aplicarla, enseñarla, ser fiel a ella”, lo cual “es en un hijo de la Iglesia, garantía de la autenticidad de su compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales, y de sus esfuerzos en favor de la liberación o de la promoción de sus hermanos” (III, 7).

#### c) *Acción*

La acción de nuestros grupos y movimientos juveniles debería estar dirigida a los tres niveles: el propio ambiente natural de actuación, los pobres de todo tipo, las masas.

1) *Acción ambiental*: es cierto que nadie sabrá evangelizar mejor a los obreros que los obreros mismos, los universitarios a los universitarios, y así sucesivamente. Se ha hecho notar repetidamente dos defectos principales de nuestra evangelización de la juventud. Primero que hay sectores menos atendidos o casi completamente descuidados (obrerros, universitarios, rurales, mayores de 25 años...). Segundo que la presencia de los jóvenes cristianos en sus ambientes se basa casi exclusivamente en el testimonio personal, pero no hay un "peso"; una incidencia a cuerpo, organizada, que haga efectiva su acción para transformar esos ambientes. Son dos aspectos a los que habrá que prestar seguramente primaria atención, ya sea para poner en común eventuales experiencias positivas que existan, o para buscar caminos para la evangelización en esos sectores.

2) *Acción social*: la pregunta fundamental que debemos hacernos es: ¿Cómo concretamos nosotros, cómo entra en nuestro horizonte de pensamiento, de oración y de acción, la opción preferencial por los pobres que repetida e incansablemente hace Puebla? ¿Qué (*hacemos* por los pobres? Aquí se nos abre un campo concreto, vastísimo y urgente: ayudas inmediatas, actividades de todo tipo, tareas a breve y a largo alcance, etc. A veces será necesario esperar a que los cristianos maduren espiritualmente para que se comprometan en un trabajo concreto y serio por los pobres. Otras veces es la actividad la que nuclea e impulsa a las personas, las cuales luego van encontrando una mayor vivencia y profundidad espiritual...

3) *Acción sobre las masas*: la "pasión" de la Iglesia en este momento, la síntesis y la decisión que va encontrando, es cómo llegar al mismo tiempo a *cada uno* (profundidad, conciencia, compromiso) y a *todos*. Aquí hay que profundizar los importantes capítulos de Puebla sobre Evangelización de las Culturas y sobre Religiosidad Popular. La pregunta fundamental a la que debemos responder se encuentra en el n. 394 de Puebla; cómo "alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad", de tal manera que lleguemos a "evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de una manera vital en profundidad— y hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre (*Evangelii Nuntiandi*, 19-20)".

Dado que se están haciendo experiencias masivas o de gran número de jóvenes (peregrinaciones, "noches heroicas", etc.), habrá que tener en cuenta de no caer en una actividad exclusivamente "religiosa", en un cristianismo "dualista", que promueve prevalentemente lo cultural, sin un peso en la evangelización y la liberación "integral".

Otras preguntas: ¿Qué valor y utilización damos a los Medios Masivos de Comunicación? ¿Qué estamos haciendo, pensando con visión de futuro, para la formación de futuros asesores, líderes y dirigentes de nuestros movimientos? ¿Y para la formación de jóvenes para actuar en el campo político, o social a cualquier nivel? ¿No podrían por ejemplo ubicarse personas con vocación y capacidades para actuar en esos campos (Medios de Comunicación, etc.), conseguir becas, promover intercambios?

### Conclusión

- La Iglesia es comunión, desde esa comunión evangelizamos al mundo, pero no se puede llevar a los hombres la Palabra si no la vivimos nosotros.  
La Iglesia debe ser "modelo" de humanidad. Servir a los hombres llevándoles la vida que Cristo nos trajo.  
Pero esto no será posible si no somos capaces de revivir en nosotros el misterio pascual de Jesús: pasar permanentemente de la muerte a la vida, del dolor al amor. Teniendo como preferidos a los más pobres y quienes más sufren.
- Y esto, a nivel de Pastoral:
  - \* debe traducirse en formas concretas de apostolado, comunitario, organizado,
  - \* en una formación vivencial e intelectual,
  - \* en acciones concretas, inteligentes, eficaces, hechas por amor (para que se dé la eficacia del Espíritu), a nivel: personal, ambiental, social, masivo.
- Ser realistas. Tener en cuenta el deber-ser (ideal) y el ser-actual (realidad, posibilidades concretas). En lo espiritual, "apuntar lo más alto posible". En las actividades no pretender dar pasos más grandes de lo que nos dan las piernas, lo cual después desanima, produce escepticismo y cansancio.
- Sentir en nuestro corazón —y pedirlo a Dios, porque es una gracia— el *fuego* de llegar a todos. Pero saber que si no somos realmente un cuerpo, sin la *unidad*, el mundo no creará.